

ECOLOGÍA ESPACIAL Y TEMPORAL PARA LA RESIGNIFICACIÓN DEL VALLE DE CUELGAMUROS

RÜDIGER ORTIZ ÁLVAREZ

Asesor Científico en el Gabinete de la vicepresidenta tercera,
Ministerio para la Transición Ecológica y el Reto Demográfico



El Valle de Cuelgamuros es hoy un bosque joven, denso y aparentemente silencioso, fruto de decisiones políticas del siglo XX. Mirarlo desde la ecología, en el espacio y en el tiempo, abre la posibilidad de resignificar este paisaje más allá de su carga simbólica, incorporándolo como una pieza clave en el mosaico ecológico de la Sierra de Guadarrama. Podría ser un bosque cualquiera, pero no lo es.



El Monasterio de El Escorial desde el monte Abantos @Jesús Francés López.

Si nos llevaran a ciegas a mitad del bosque del Valle de Cuelgamuros, sin conocerlo, y abriéramos los ojos, probablemente no nos parecería nada fuera del otro mundo. Descontextualizado, podría ser un bosque fruto de una reforestación cualquiera de las que se hicieron a mitad del siglo XX, un monocultivo de pinos, de unos 70-75 años, en un paisaje granítico, típico de la Sierra de Guadarrama. Hasta que, en alguna dirección, apareciese esa enorme cruz sobre el Risco de la Nava. Todo el mundo sabe lo que significa, en una posición central de ese paisaje.

El Valle de Cuelgamuros se encuentra en el municipio de San Lorenzo de El Escorial, pueblo en el que he crecido, por cuyos paisajes he paseado cientos de veces desde pequeño. Pero hay una zona por la que nunca he querido adentrarme, y es justamente sobre la que trata este artículo. Mis pasos han cruzado por esa finca dos veces, aunque sin haber llegado a entrar en ninguno de los edificios de esa zona. De adulto, únicamente me asomé al monte desde un

lateral desde el que no se veía la cruz. Y la primera vez allí fue con el colegio, de niño, cuando nos llevaron a verlo desde fuera. Incluso sin conocer toda la historia, porque tampoco nos la habían explicado muy bien, era un sitio que, quizá por lo que transmitían los demás, «daba mal rollo».

Cuando creces en San Lorenzo de El Escorial hay un cierto orgullo por la historia de la localidad: haces dibujos del Monasterio, te cuentan la historia de los reyes, te hablan de los bosques reales...; haces excursiones a la Casita de Arriba, a la Casita del Príncipe; los rumores hablan de pasadizos que conectan el Monasterio con las Casas de Oficios. Y siempre es divertido, cuando vienen visitas, hablar de la leyenda negra de Felipe II y sus supersticiones.

Pero de la parte más reciente de nuestra historia apenas se hablaba. Es como una zona tabú, como si una parte del pueblo no quisiera acordarse de que el dichoso «Valle de los Caídos» lo tenemos allí. Por supuesto, esta es una percepción personal y de mi contexto. Imagino que, para otras

Cuelgamuros no es un bosque natural, sino un escenario construido para engrandecer un mausoleo político

personas, con otras ideologías en sus familias, esto no es así en absoluto. En cualquier caso, para este artículo, finalmente estoy mirando frente a frente a Cuelgamuros y pensando en lo que significa.

El significado a lo largo del tiempo

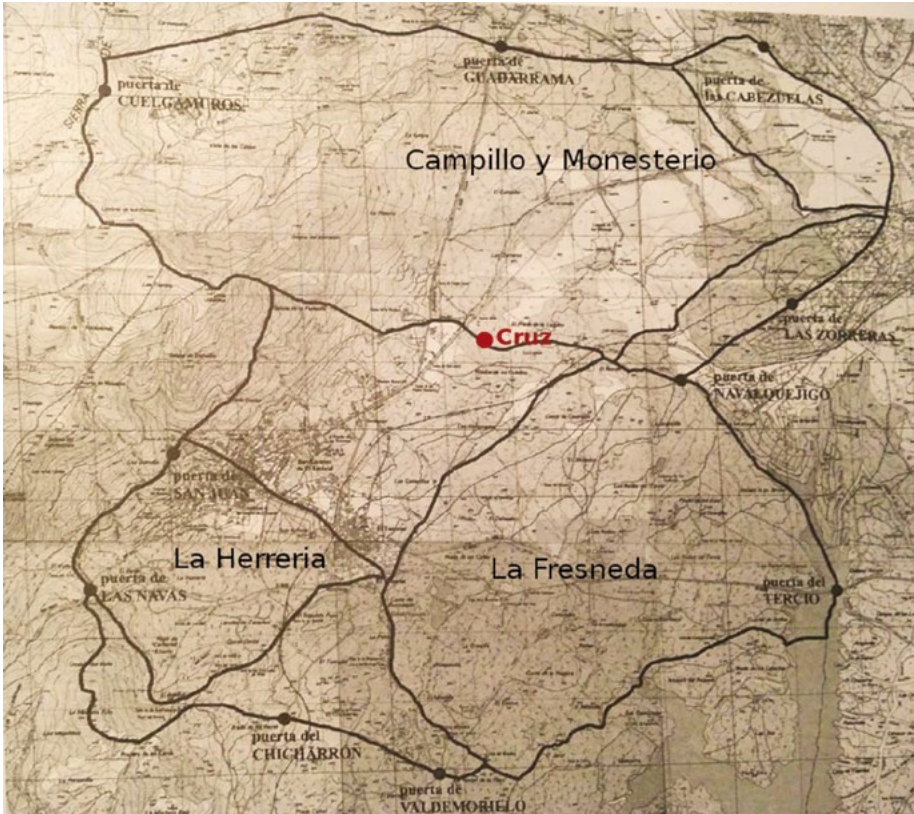
Para ver cómo le podemos dar una vuelta al paisaje del Valle de Cuelgamuros, tenemos que mirar a 1940 y a las decisiones que se tomaron entonces. En primer lugar: ¿por qué aquí? Parece ser que el dictador quería un lugar donde poder ensalzar su mausoleo; bus-

caba un escenario. Y la elección no fue azarosa, sino que probablemente se inspiró en la idea imperial del Escorial de Felipe II. Había una tendencia a sacralizar la naturaleza en los regímenes totalitarios de los siglos XIX y XX, como si ciertas características hicieran que esos entornos verdes «prístinos» estuvieran predestinados a ser enclaves religiosos.

No obstante, en 1940, este valle, pese a su belleza, no cumplía con las características «deseables». De las 1.377 hectáreas que tiene la finca, en aquella época solo había 241 de pinar irregular, con algunas encinas y enebros. Incluso parece que se utilizaron

las palabras «lugar desolado». Una vez elegido como escenario (insisto en llamarlo escenario), Patrimonio Forestal Español (PFE) trabajó con las instrucciones de la dictadura de crear un «marco bello» que engrandeciera aquella obra mastodóntica. Pero hay que decir que esto no es algo exclusivo de este lugar, sino que era uno de los objetivos de fondo de las reforestaciones que se hicieron durante el siglo XX y que aumentaron la superficie forestal del país en más de tres millones de hectáreas entre los años 1940 y 1975. Es una pena que, en general, no se considerasen otras partes del paisaje, como lo estepario o las praderas, percibidos como ecosistemas menores, cuando en realidad son capaces de albergar una alta biodiversidad. El objetivo perseguido era puramente estético, algo que ensalzase «su gran obra», y tenían que ser bosques.

Así que una resignificación de este monte requiere romper el marco de pensamiento original: reconvertir ese escenario y revertir su finalidad de servir al propósito del mausoleo.



Mapa histórico del entorno de El Escorial, datado entre finales del siglo XVIII y comienzos del siglo XIX (aprox. 1770-1830). Representa la organización territorial previa a la Desamortización de Mendizábal (1836-1837), que afectó de forma masiva a bienes eclesiásticos y de la Corona; y previa a la expropiaciónforzosa en 1940 al entonces propietario, Gabriel Padierna de Villapadierna, marqués de Muñiz, sin presencia de infraestructuras modernas. Se indica de forma orientativa el emplazamiento actual de la Basílica y la Cruz del Valle de los Caídos, inexistentes en el momento de elaboración del mapa, con fines de contextualización histórica.

Hoy, creo que es importante entender el uso humano y cómo podemos vincularnos las personas con un paisaje para darle un significado. En este punto exploraría tres o cuatro visiones: la utilitarista, la espiritual, y la científico-naturalista. Primero, hemos mencionado el uso utilitarista de este espacio en el pasado: la obtención de leña o el coto de caza privado del rey Felipe II. Después, tenemos esa tendencia a vincular la naturaleza con la Iglesia, una sacralización de lo prístino e inmaculado del paisaje, por parte de los regímenes totalitarios de los siglos XIX y XX (desde Alemania, la Unión Soviética, Portugal, o países de Europa del Este). De hecho, si accedemos a Google Maps, podemos ver que se acompañó al valle con un vía crucis larguísimo, y que estéticamente parece hasta bonito (para profanos: en Semana Santa se hace un recorrido por los diferentes hitos de la vida de Jesucristo, desde que es arrestado hasta que resucita, y se realiza caminando por diferentes estaciones; es todo muy introspectivo, «numinoso», o incluso hierático, como muy trascendente).

Pero la conexión con la naturaleza no tiene por qué ser religiosa, aunque sea más o menos espiritual. Un paseo por una naturaleza desacralizada puede aportar serenidad, pertenencia, asombro, conexión con el entorno. Y hay numerosos estudios científicos que abordan la vinculación entre salud humana y acciones tan sencillas como pasear por la naturaleza: mejora la salud mental, reduce el estrés y favorece la salud cardiovascular. Así que las personas pueden vincular un paisaje a sentirse más sanas. Pero yo, más allá de la experiencia personal, me identifico con la visión científico-naturalista. Como biólogo, mis ojos lo que ven son pisos bioclimáticos, si hay o no un suelo bien desarrollado, en el decaimiento forestal si lo hubiere. Mis oídos se fijan en la actividad acústica de la avifauna. En la densidad de los árboles y en qué pasaría si hubiera aquí un incendio, y entonces los ojos se me van al sotobosque. Me fijo en la cubierta de musgos y líquenes. Y si paso



Entorno del cordal de Abantos, próximo al Valle de Cuelgamuros, sobre afloramientos graníticos abombados (berrocales y domos) característicos de la Sierra de Guadarrama.

por un arroyo me es inevitable mirar a ver si hubiera algún tritón. No pienso solo en las plantas y animales que veo, sino en procesos ecológicos desde un punto de vista de la historia natural que han dado lugar a la situación actual. Y finalmente, también puedo imaginar la sucesión ecológica futura.

Por la ciencia

¿Ha entrado la ciencia a un escenario creado con fines políticos en el siglo pasado? Al comienzo de este artículo he comentado que solo he accedido dos veces en la zona de Cuelgamuros, una de ellas de adulto. Y fue por la ciencia. En 2021 estaba haciendo un estudio sobre indicadores de biodiversidad acústica en distintos bosques de San Lorenzo de El Escorial. En él abordaba si la actividad y presencia humanas afectaban a la actividad sonora de la fauna. Y se me sugirió que estaría bien tener un punto de control: un lugar por el que no hubiera tránsito habitual de personas. Y ahí se me encendió la bombilla. La propia página web de Patrimonio Nacional nos da un dato y una lógica interesante. Cito textualmente: « (...) La restricción de su acceso ha permitido que el Monte de Cuelgamuros constituya actualmente una notable reserva ecológica y biológica».

Así que ese año fui por primera vez siguiendo uno de los caminos que para acceder desde la parte norte, por la Cerca Histó-

rica que terminó Carlos IV, con vistas al pico de Abantos y sus 1.753 metros de altura. No me atreví a meterme del todo; más bien me quedé en el borde, pero a nivel de bosque ya era evidente que se trataba de la repoblación esperada. Dejé atado a un árbol un dispositivo de grabación para registrar la actividad de la fauna en una zona por la que no debería pasar nadie nunca, durante aproximadamente dos meses.

Si no hubiera sido por la necesidad de tener un punto de control para mi estudio, no me hubiera acercado por allí ese año. Y me atrevo a asegurar que ni yo ni casi nadie. Lo que voy a decir ahora no es una percepción personal. Hay una absoluta ausencia de artículos científicos con una perspectiva de ecología o de biodiversidad en este monte. Una búsqueda en portales científicos estándar de literatura científica, como *Scopus* o *Google Scholar*, de los términos «Cuelgamuros» o «Valle de los Caídos» junto con «Ecology» o «Biodiversity» arroja cero resultados significativos. Llama mucho la atención que la ciencia moderna, tal vez a causa del mismo rechazo que yo mismo sentía, tampoco se haya adentrado en esta zona, sobre todo cuando sí que hay estudios en otras franjas del paisaje aledaño, como puede ser el caso del Bosque de la Herrería, o el Monte la Jurisdicción, o la zona alta de Abantos. Parece que esta franja de bosque ha alejado al conocimiento científico en tiempos modernos.

Una posibilidad es mirar hacia atrás en la historia de esta zona en particular. ¿Cómo era Cuelgamuros siglos atrás? En otras palabras: redimensionar en el tiempo. El estado actual es fruto de la actividad en unos años concretos, pero antes de 1940 esta era una zona con unos usos diferentes. En el siglo XVI, Felipe II decide que su palacio-monasterio debía tener unas grandes fincas asociadas: los Bosques Reales. Una de ellas, Campillo-Monesterio, contenía lo que actualmente conocemos como Cuelgamuros. Esta finca fue la que más sufrió de todas ellas, a causa de las talas y de los incendios: su uso tenía fundamentalmente la finalidad de obtener madera y leña, y también servía como finca de caza. Este pinar no proveyó de madera al propio Monasterio, pero sí a otras infraestructuras de la zona.

Y en cuanto a los incendios, hay documentados al menos uno en 1634 y otro en 1793. No es nada sorprendente que hubiera fuegosvpor allí y, de hecho, tengo el recuerdo del incendio del monte Abantos en 1999, que vi con mis propios ojos y que los vecinos de San Lorenzo vivimos con gran alarma. Pero volvamos al pasado. En 1837,yla finca pasa de ser parte de los Bosques Reales a ser Patrimonio de la Corona y, unos años más tarde, en 1869, salen a subasta, pasando a manos de propietarios particulares. En el inventario de ese momento se cuenta que la finca «estaba cubierta en parte por pinar y otra por matorral y pasto», y en otra cita leemos que «contenía peñas, aguas abun-

dantes y buenas, pinos maderables, pimpollo de pinos, algunos fresnos, robles, matas de encina, retama, tomillo y piorno». Este pinar, que en el siglo XIX pasa de llamarse «Pinar de Cuelga Moros» a «Cuelgamuros», tuvo como último propietario, antes de la expropiación por parte del Estado en 1940, a Gabriel Padierna de Villapadierna, marqués de Muñiz.

Y de nuevo, vuelta a 1940-1950. Patrimonio Forestal Español recibe el encargo de embellecer el escenario y, utilizando todo el conocimiento ingenieril y técnico que se tenía en esa época, en 1942 se repueblan más de 700 hectáreas. Posteriormente, en 1950, tras un incendio que arrasó la zona, se repoblaron más de 800 hectáreas. Se estima que se plantaron más de dos millones de árboles, en su mayoría pinos, lo que 75 años más tarde nos lleva al paisaje actual. Las especies que se plantaron fueron las mismas que se habían utilizado en otras zonas de la sierra: se plantó un pinar con pino silvestre (*Pinus sylvestris*) en las zonas de más altura y otras dos especies, *Pinus pinaster* y *Pinus nigra*, en el resto del valle. Se acompañó con vegetación de ribera clásica (olmos, chopos o sauces), y algunas especies ornamentales (arizónicas, cedros, abetos, secuoyas, tilos, abedules o castaños). El estrato arbustivo que ha crecido, el sotobosque, es el típico de la Sierra de Guadarrama: jara pringosa (*Cistus ladanifer*), retama (*Cytisus scoparius*), zarzales (*Rubus ulmifolius*), tomillos o romero.



Dejar entrar a la ecología es una forma de sacar a Cuelgamuros de 1940 y pensar su futuro desde la resiliencia y la biodiversidad

a lo largo del tiempo, mientras que en los otros sitios había más variabilidad entre un día y otro, e incluso según horas del día. Esto se explica porque tanto el ruido como la presencia humana pueden causar modificaciones en el comportamiento de los animales, haciendo más huidizas a algunas especies o cambiando la forma en la que se comunican. En este sentido, tener una franja de territorio con restricción de acceso es un factor diferencial beneficioso para el ecosistema respecto a otras zonas del entorno. Puede facilitar que vivan algunas especies con menor estrés y sin tener que estar constantemente ajustándose a nuestras actividades.

El entorno de San Lorenzo de El Escorial, en este hueco de la Sierra de Guadarrama, es muy diverso. En ecología diríamos que el paisaje tiene una alta diversidad beta. Este concepto explica cómo cambia la composición de especies entre distintos lugares y es alta cuando tenemos en la región zonas diferenciadas con comunidades de especies concretas, pero que se relacionan entre sí. Cuelgamuros aporta a la diversidad beta de la zona con un pinar joven que sirve de refugio. El Bosque de la Herrería, del que hemos hablado, era uno de los «Bosques Reales» de Felipe II y, de hecho, fue el único que no fue afectado por la desamortización de Mendizábal y no se vendió. Posiblemente por eso tenemos un robledal maduro de *Quercus pyrenaica* mezclado sobre todo con fresnos, que puede tener unos 200-300 años, y que alberga una enorme riqueza florística y faunística, además de ser una zona muy transitada y disfrutada por los vecinos de la zona. En el resto del entorno tenemos zonas bajas con paisajes más adehesados; tenemos pinares más maduros con especies que introdujeron los ingenieros de montes, a principios del siglo XX (como un pequeño hayedo escondido), y tenemos una ladera llena de altísima retama en la zona de Abantos que se quemó en el año 1999. La diversidad gamma es otro concepto que resume cuántas especies hay en total en toda la región, y depende de la riqueza de especies de cada localización, de cuan distintas son esas localizaciones, y de los intercambios entre especies que puede haber entre ellas.

Me pregunto, y lo tengo que dejar en el aire, si desde Cuelgamuros se mueven especies a otras zonas del monte, cómo se co-

nectan entre sí y para cuáles de ellas sirve de refugio. Quizá también haya individuos que tras el incendio de 1999 pudieran haberse refugiado allí. O puede ser que, a medida que la masa forestal madura, especies del entorno vayan encontrando ese hábitat más acogedor. También tengo entendido que la gente del pueblo a la que no le da reparo entrar hace unas recolectas de setas excelentes en otoño.

Un mensaje final

Cuelgamuros puede tener sentido en el conjunto del paisaje completo de la zona. Si dejamos que la ciencia, la ecología, entre allí, quizá podamos sacar esa zona de 1940. Y que la protección del ecosistema sea por motivos diferentes a la lógica del embellecimiento; que sea para lograr un paisaje funcional, resiliente, biodiverso, que aporte servicios ecosistémicos. Se puede contribuir a la sucesión ecológica forestal en el contexto actual de cambio climático. Y que sí no queremos entrar en esa zona pues también está bien. El aporte de la finca será a través del conjunto, y ese conjunto sí que es absolutamente disfrutable.

Aunque cuando despertó, la cruz todavía estaba allí.

BIBLIOGRAFÍA CONSULTADA

García de Lomana GM & Sáez Pombo E (2018). Escenarios de la memoria y el poder. La construcción del paisaje de el Valle de los Caídos. Scripta Nova. Vol XXII. Num 600. ISSN: 1138-97.

Agudo Garrido, C (2021). Los Paisajes de El Escorial. *Ed. Instituto de Estudios Madrileños (IEM) / CCHM-CSIC*. ISBN: 978-84-940491-9-4

Ortiz-Álvarez R & Leiva-Dueñas C (2023). A tale of two springs: contrasting forest soundscapes during the COVID-19 lockdown (2020) and after the record snowstorm Filomena (2021) from Central Spain. bioRxiv. <https://doi.org/10.1101/2023.10.02.560514>

Miguel García I & Ortega Cervigón JI (2025). Valle de los Caídos, memoria silenciada. *Ed. Uno Editorial*. ISBN: 979-13-87589-06-6

Web de Patrimonio Nacional (Valle de Cuelgamuros) <https://www.patrimonionacional.es/visita/valle-de-cuelgamuros/espacios/espacios-naturales-de-cuelgamuros>

La reforestación masiva con pinos a partir de 1940 transformó un valle diverso en un monocultivo forestal joven

Pero esto no significa que no podamos hacer algunas inferencias y lanzar algunas ideas sobre el futuro de este paisaje. Y quizá ahí es donde podríamos encontrar la posibilidad de resignificar desde la ecología.

Resignificando en el espacio desde la ecología

En 1964 el boletín informativo del PFE expresaba:« (...) PFE ha plantado más de dos millones de árboles, que al sucederse en el

tiempo harán patente, ante nuestros sucesores, la presencia de la España forestal en los actos más trascendentes de nuestra Patria». González Aldama, 1964, p. 33 (en García de Lomana & Sáez Pombo, 2018)

Bien, pues ya somos los sucesores. Y, dicho llanamente, ahora a ver qué hacemos con este follón. Mientras escribía este artículo ha habido una idea que ha venido una y otra vez a mi cabeza, y es que hay que «romper los límites de Cuelgamuros». No digo administrativamente, sinodesde la ecología.

Los ecosistemas son como son y no tienen necesariamente las mismas barreras. No demos aislarlo de las zonas aledañas.

Sin quererlo, eso es lo que hice en mi estudio de 2021: contextualizar Cuelgamuros dentro de un paisaje más amplio, con ecosistemas que me interesaba comparar. Fue algo modesto y no pude llegar a muchas conclusiones, pero sí que me atrevo a extraer algunas ideas de allí. Resultó que en Cuelgamuros había menor biodiversidad acústica que en otros bosques de la zona, como el Bosque de la Herrería y el Parque Miguel del Campo. Es decir, en esa zona había una menor actividad de especies que se comunican en esa zona, mayoritariamente aves.

¿Cómo se explica esto? Tiene cierto sentido, dado que hablamos del bosque más joven y denso de los tres (~75 años, frente a los más de 100 del Parque Miguel del Campo, un pinar más maduro). Además, aunque la página web de Patrimonio Nacional indica que « (...) La diversidad faunística de Cuelga-

muros es considerable, encontrándose corzos, ciervos, jabalíes, algún muflón de paso, zorros, garduñas, gatos monteses, tejones o ginetas, entre otros (...)», la presencia de estas especies de mamíferos, más vinculados a masas forestales más densas, no tiene por qué tener un reflejo en la actividad acústica. Posiblemente tendríamos un resultado diferente de haber utilizado cámaras de fototrampeo y, sin duda, sería interesante realizar un estudio con esta técnica.

Tengo que decir que, pese a haber dado decenas de vueltas por el Bosque de la Herrería, prácticamente no he visto mamíferos, que suelen ser más huidizos y esconderse más de las personas. Así que 1.365 hectáreas de bosque joven, con baja actividad y presencia humana, no es ninguna tontería. ¿Puede una menor presencia humana contribuir a un ecosistema más sano? La respuesta es sí.

En mi estudio salió otro resultado curioso: había pocas diferencias en el sonido de la masa forestal en el borde de Cuelgamuros